

**JUAN MAURA Y GELABERT**

***CARTA PASTORAL***

***6 de diciembre de 1903***



**Biblioteca Saavedra Fajardo, 2011**



Transcripción y revisión ortográfica de Miguel Andúgar Miñarro.

Agradecimientos: Don José Manuel Ángel Muñoz.

Edición realizada a partir de: Maura y Gelabert, Juan. *Carta pastoral del Ilmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Juan Maura y Gelabert, Obispo de Orihuela. 2ª sobre la Democracia cristiana.* Orihuela: Imp. De Cornelio Payá, 1903.



**NOS, DR. D. JUAN MAURA Y GELABERT**

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica,  
Obispo de Orihuela, etc.

*Al clero y fieles de nuestra Diócesis*

**VENERABLES HERMANOS Y AMADOS HIJOS:**

En nuestra primera Pastoral, después de haber definido el concepto de la Democracia cristiana, os decíamos que «fuera del Cristianismo no hay ni puede haber verdadera *Democracia*, porque donde no imperan las ideas cristianas no hay más que uno de estos dos extremos: o el *individualismo* egoísta, violento y opresor, que no reconoce otra ley que la del más fuerte ni otra moral que la moral utilitaria; o el *socialismo* nivelador y absorbente que sacrifica el individuo en aras de la colectividad.»

Ahora bien: para que estas ideas, tocadas allí ligeramente, sean mejor comprendidas, vamos a darles mayor extensión y desarrollo, empezando por el *individualismo*.

**I.**

Hay dos clases de individualismo: el individualismo cristiano, y el individualismo ateo y materialista. El primero es esencial y genuinamente democrático. El segundo es la antítesis y negación de toda democracia.

Efectivamente, A. H., el individualismo cristiano consiste en el íntimo sentimiento que tiene el hombre de su dignidad personal, de su excelso origen e inmortales destinos.

Este sentimiento nobilísimo, engendrado y arraigado en las almas por el Cristianismo, fue el que inició una nueva era en la historia de la Humanidad, trasformando las sociedades paganas, y cambiando radicalmente su modo de ser y de constitución intrínseca, así en el orden religioso, como en el civil y político. Desde



aquel día supo el hombre que en el fondo de su ser alienta y vive en un alma inmortal de abolengo divino y capaz de comprender el altísimo fin para el que ha sido creada, y realizarlo libremente; y quedó tan enaltecido a sus propios ojos, que se sintió con valor, ora para acometer las empresas más arduas y difíciles encaminadas a la conquista de la verdad y el bien, ora para arrostrar todo linaje de tormentos antes que mancillar su dignidad o renunciar a los sagrados e inviolables derechos de su conciencia. El hombre se sintió libre y dueño de sí mismo con la santa libertad y noble independencia de los hijos de Dios; y esa libertad y esa independencia, selladas con la sangre de los mártires, transfiguraron y ennoblecieron la humana especie, abolieron la esclavitud, derrocaron la tiranía, y asentaron en firmísima base los principios de la igualdad y fraternidad de todos los hombres.<sup>1</sup>

Y no vayáis a inferir de ahí, A.H., que el individualismo cristiano con ese sentimiento de la *dignidad humana* engendre en las almas el egoísmo o fomite e impulse el orgullo; antes bien, sucede todo lo contrario; porque es preciso no olvidar que según los principios cristianos nuestra dignidad no tiene por base las cualidades personales, siempre más o menos discutibles, de que podamos estar adornados, sino que se funda exclusivamente en la naturaleza de nuestro ser, en su origen y su destino, cosas que son comunes a todos los individuos de nuestro linaje, y que, por lo mismo, no pueden de suyo establecer distinciones, ni clases ni jerarquías, sino, por el contrario, igualdad, fraternidad y amor, que abraza y comprende a todos los individuos sin excepción alguna, porque todos participamos igualmente de la dignidad, grandeza y excelencia de la naturaleza humana, en lo que tiene ésta de esencial y constitutivo. Y si en algo nos diferenciamos unos de otros es sencillamente en los grados de participación de los dones de naturaleza, es decir, en meros accidentes, los cuales, en el concepto

---

<sup>1</sup> «El cristianismo fue quien grabó fuertemente en el corazón del hombre, que el individuo tiene sus deberes que cumplir, aun cuando se levante contra él el mundo entero; que el individuo tiene un destino inmenso que llenar, y que es para él un negocio propio, enteramente propio, y cuya responsabilidad pesa sobre su libre albedrío. Esta importante verdad sin cesar inculcada por el cristianismo a todas las edades, sexos y condiciones, ha debido de contribuir poderosamente a despertar en el hombre un sentimiento vivo de su personalidad, en toda su magnitud, en todo su interés, y, combinándose con las demás inspiraciones del cristianismo, llenas todas de grandor y dignidad, ha levantado del alma humana del polvo en que la tenían sumida, la ignorancia, la más groseras supersticiones, y los sistemas de violencia que la oprimían por todas partes.» BALMES, *Protestantismo*, tom. 2 cap.23.



cristiano, lejos de ser incentivos de la vanidad o el orgullo, deben serlo de humildad, de abnegación y sacrificio; pues cuanto mayores son estas diferencias accidentales, tanto mayor es la obligación de hacer uso de ellas en beneficio de nuestros prójimos, quedándonos casi siempre en la incertidumbre de si hemos sido fieles cumplidores de este sagrado deber.

A estas consideraciones, de suyo ya suficientes para darnos una idea de la altísima dignidad del hombre, añadid, A. H., las que sugiere al entendimiento el dogma de la Redención llevado a cabo por el Hijo de Dios hecho Hombre por nuestro amor. A la luz de tan soberano misterio ¡cómo sube de punto y es enaltecida y magnificada la dignidad del hombre puesto en íntima comunicación, en inefable consorcio con la Divinidad misma! Un individuo de nuestra especie, un Hombre, es Dios, y Dios es Hombre; y la pasión y muerte de este Hombre Dios, y su preciosísima sangre, de valor infinito, nos redime de la esclavitud del pecado, y nos regenera y rehabilita y levanta de nuevo a la altura de hijos de Dios y herederos inmortales de su gloria.

Ahora decidnos, A. H. nuestros, si hay en el mundo creencias religiosas o sistemas filosóficos o teorías humanitarias que nos den de la dignidad del hombre una idea tan alta y trascendental como la que naturalmente se deriva de estas enseñanzas de la fe católica. Por eso el cristiano tiene en gran estima tan excelsa dignidad, y la respeta y reverencia profundamente en los demás como en sí propio, porque en todos la lee esculpida con caracteres divinos; por donde se echa de ver cuán profunda filosofía encierra el precepto evangélico que nos manda amar al prójimo *como a nosotros mismos*. Es el prójimo una hechura, una obra predilecta de Dios, como lo somos cada uno de nosotros; y en él y en nosotros grabó el Criador el mismo sello de grandeza; y por él y por nosotros derramó el Redentor divino su sangre benditísima; y, por eso, lo que amamos y respetamos en nosotros mismos, hemos de reverenciarlo y amarlo en los demás: *amarás al prójimo como a ti mismo*.

Son tan grandes el poder y la eficacia de esta idea, y tan intensa su fecundidad, que ella sola ha bastado para hacer germinar en el seno de la Iglesia católica un sinnúmero de instituciones benéficas que, dilatándose por toda la redondez de la tierra, han estrechado más y más los lazos de la fraternidad universal, y, arraigando tan hondamente el sentimiento de la dignidad humana, que hoy la conciencia pública, aun la más influida del error y las pasiones, está informada por este noble sentimiento. Así es que hoy todas las teorías policia y sociales, aun las más absurdas, disparatadas y



perturbadoras, son proclamadas en nombre de la libertad y los derechos del hombre, y las intenciones más rastreras y egoístas aparecen disfrazadas con el manto de la fraternidad y el altruismo, lo cual prueba que el ambiente de las sociedades modernas está saturado todavía de ideas cristianas que no ha podido eliminar el espíritu de nuestros tiempos innovador y descreído.

En suma: la libertad, la igualdad y fraternidad, en su recta y genuina acepción, son hijas legítimas del individualismo cristiano, y éste, a su vez, desciende en línea recta del Evangelio, que nos ha dado a conocer lo que el hombre vale como hombre, es decir, como criatura racional hecha a imagen y semejanza de Dios y redimida con la sangre de Cristo Jesús.

Compendia admirablemente esta doctrina el inmortal León XIII, en un hermoso pasaje que ya en otra ocasión y con otro motivo hemos citado. Dice el sabio Pontífice que, por las enseñanzas que todos los hombres sin distinción alguna han sido creados por Dios, Padre común de todos, que todos tienden al mismo bien, como fin, que es Dios mismo, único que puede dar bienaventuranza perfecta a los hombres y a los ángeles; que todos y cada uno han sido, por favor de Jesucristo, igualmente redimidos y levantados a la dignidad de hijos de Dios; de tal manera que, no solo entre sí, sino aun con Cristo Señor Nuestro, los enlaza un parentesco verdaderamente de hermanos. Y asimismo, que los bienes de naturaleza y los dones de la gracia divina pertenecen en común y sin diferencia alguna a todo el linaje humano, y que nadie, como no se haga indigno, será desheredado de los bienes celestiales. Si hijos también herederos, herederos verdaderamente de Dios, y coherente de Cristo (*De Cond. Opif.*)

Ahora bien, A. H.; de este principio se sigue una consecuencia de suma importancia política y social que viene a dar mayor relieve a la filosofía del *individualismo cristiano*.

En efecto, unidos todos los hombres con los vínculos de la carne y del espíritu y con los de un común origen y destino, claro está que constituimos una gran familia de hermanos que debemos amarnos y auxiliarnos mutuamente, trabajando en nuestra propia e individual perfección, y, al mismo tiempo y con el mismo ahínco, por el bien común y la perfección colectiva. Mas, como, por disposición de la Providencia y por la naturaleza misma de las cosas, los medidos y aptitudes para realizar este trabajo no son iguales en todos, también los deberes están desigual y diversamente repartidos, correspondiendo mayor suma de ellos a los que han resultado más favorecidos ora en



capacidad natural ora en bienes de fortuna. Por eso dice León XIII, resumiendo esta doctrina: «Los que mayor abundancia de bienes han recibido de Dios, ya sean esos bienes corporales y externos, ya espirituales e internos, para eso los han recibido, para que con ellos atiendan a su perfección propia, y, al mismo tiempo, como ministros de la divina Providencia, al provecho de los demás. *Así, pues, el que tuviere talento cuide de no callar; el que tuviere abundancia de bienes, vele para que no se entorpezca en él la largueza de la misericordia; el que supiera un oficio con que manejarse, ponga gran empeño en hacer el prójimo participante de su utilidad y provecho*» (Ibid.)

O, en otros términos, A. H., así como en toda sociedad bien constituida existen, por disposición de la Providencia y por intrínseca necesidad de las cosas, jerárquicas fundadas en la desigualdad de fortuna, de talento y de cualidades físicas y morales, así también y por la misma razón, existe otra jerarquía más alta y de mayor trascendencia social y más benéfica y fecunda en todos los órdenes de la vida humana. Esta jerarquía es llamada, con mucha propiedad, por un eminente sociólogo católico «*jerarquía de deberes* que pesan muy principalmente sobre las clases superiores, y redundan sobre las clases superiores, y redundan sobre todo en beneficio de las clases inferiores. En este orden moral jerárquico, que tiene por objeto la tutela y el auxilio recíproco para la consecución del bien común, el que más puede, más debe; y el que menos puede, más recibe. He aquí la esencia de la *democracia*.»<sup>2</sup>

Ahora comprenderéis, A. H., con cuánta razón os decíamos al empezar que el individualismo cristiano es genuina y *esencialmente democrático*. Él es quien con la idea y el sentimiento de la dignidad humana funda la fraternidad universal y la igualdad de todos los hombres ante Dios; y, como consecuencia inmediata de todo ello, la *jerarquía de deberes que pesan muy principalmente sobre las clases superiores y redundan en beneficio sobre todo de las inferiores*.

En efecto, la caridad es compañera inseparable de ese individualismo generoso, expansivo y noble, que en toda criatura racional ve a un hermano suyo y a un hijo de Dios; y si esta criatura es débil e impotente, o si está agobiada por el peso e una necesidad física o moral que no puede remediar por sí misma, a ella acude con preferencia, presuroso, solícito, tendiéndole una mano protectora, sin reparar en sacrificios personales, y llevando no pocas veces la abnegación y el desprendimiento

---

<sup>2</sup> TONIOLO, *La democracia cristiana*, pág.12.



hasta los límites del heroísmo. De este individualismo cristiano, que se confunde e identifica con la caridad, puede decirse de que de ésta dijo el Apóstol, a saber, «que es sufrido, dulce, bienhechor; que no se ensoberbece, no tiene envidia, no es ambicioso ni busca sus intereses; que no se complace en la iniquidad, no se irrita, no piensa mal, a todo se acomoda, todo lo espera y lo soporta todo»<sup>3</sup>

Ya sabemos, A. H., que los adversarios nos objetan no ser suficiente la caridad cristiana para resolver el complicadísimo problema social. Verdad que nosotros pedimos caridad, mucha caridad un gran profusión, una verdadera inundación de caridad<sup>4</sup>, porque esta divina virtud es la esencia, el alma, el principio vital de la democracia; pero queremos además y reclamamos, para la resolución del problema, el estricto cumplimiento de la *justicia*; «no de una *justicia simplemente conmutativa* en sus relaciones de igual a igual, como lo entiende la filosofía individualista anticristiana, sino de la *justicia distributiva* en sus relaciones de superior a inferior, según lo exige la existencia orgánica de clases.»<sup>5</sup>

Si, A. H., reclamamos la *caridad y justicia*, esa caridad y justicia cristianas que ante todo y sobre todo «tratan a las clases pobres y menesterosas con *respeto y honor*, y las educan luego para que lleguen a adquirir legítima autonomía; imitando en este la conducta de Dios que trata con reverencia al hombre, y el ejemplo de la Iglesia que comenzó por vindicar la libertad humana y la eminente dignidad del hombre»<sup>6</sup>

Esta justicia es la que reclama León XIII, en nombre de la Iglesia, para las clases menesterosas. «No habrá nadie, dice, que censure una acción que, de conformidad con lo que prescriben en la ley natural y la divina, mira únicamente a ayudar a los que bien del trabajo de sus manos, de suerte que sea su vida menos penosa, y gradualmente vayan teniendo con qué *proveer por sí mismos a sus necesidades.*»<sup>7</sup>

Os hemos explicado, A. H., lo que es el *individualismo cristiano* haciéndoos ver las consecuencias prácticas que de él se derivan una buena lógica. Veamos ahora en qué consiste el individualismo naturalista, y qué clase de relaciones tiene o puede tener con la verdadera *democracia*.

---

<sup>3</sup> I. Cor. XII,4,5.

<sup>4</sup> La democrazia, come fu scritto di quella cristiana medioevale, rimane impossibile senza una profusione, una incondazione di carità! Toniolo, Loc.cit.

<sup>5</sup> Id. Ibid.

<sup>6</sup> Id. Ibid

<sup>7</sup> Gaves de Comm





## II.

En una excelente revista contemporánea leemos un breve y exacto resumen de la historia, filiación y genealogía del *individualismo anticristiano*, del cual se dice que «fue preparado, en el orden religioso, por Lutero; en el orden filosófico, por Descartes y Voltaire; en el orden político, por Rousseau; en el orden económico, por Adam Smith y los fisiócratas.

La revolución ha contemplado la obra de estos precursores con el pretexto de romper las trabas que tenían prisionera a la libertad individual, ha suprimido todas las instituciones que eran la más segura garantía de esa misma libertad, a saber: la Iglesia, las congregaciones, las provincias y comunes, y las corporaciones.»<sup>8</sup>

La labor del individualismo anticristiano, lenta, pero tenaz, ahincada y persistente, ha sido puramente negativa; comenzó por aplicar la piqueta demoledora a los cimientos en los que descansa el orden religioso y cristiano, y lo derrumbó arrastrando en pos de él y envolviendo en sus ruinas el orden filosófico, el orden social y económico y no dejando en pie ni siquiera los principios fundamentales de la humana razón. Y el hombre, a quien el Cristianismo tanto había dignificado, sin ocultarle por eso sus miserias y debilidades para redimirle de ellas, sintióse de improviso despojado de todos sus títulos de grandeza y de honor, y abandonando a sus propias inspiraciones a sus perversos instintos e insaciables concupiscencias que le hicieron retroceder hacia un individualismo desenfrenado, brutal y salvaje.

Negó a Dios, proclamando el más grosero ateísmo; negó la espiritualidad del alma humana, estableciendo el reinado absoluto de la materia; negó la libertad de nuestro albedrío, y nos rebajó a la mísera condición del bruto. Estas negaciones habían de producir forzosamente sus naturales y amargos frutos; y hoy los estamos recogiendo en el orden moral y religioso, en el orden filosófico, en el orden político y social, y en todos los órdenes y esferas de la actividad humana.

Ni podía suceder de otra manera. Negado Dios, quedaron negadas igualmente la dignidad de nuestro ser, la alteza de nuestro origen y la superioridad de nuestros destinos; y el hombre ya no pudo ver en sí otra cosa que un producto fortuito del acaso,

---

<sup>8</sup> La Démocratie chétienne, 8 octobr. 1902, pag.326.



o, si se quiere, una combinación pasajera de elementos físicos y químicos aunados accidentalmente por leyes fatales y ciegas, y que, al disgregarse por virtud de estas mismas leyes, volverán a abismarse en el seno de la Naturaleza, de donde serán lanzados una vez más y otras y otras mil, en un círculo indefinido, para venir a formar nuevas y fugaces entidades, incesantemente renovadas y devoradas por el eterno e inconsciente evolucionar de la materia y de la fuerza.

Si no hay Dios, el hombre es independiente y libre, con libertad e independencia absolutas, ilimitadas e inalienables; y no puede ya invocarse ningún principio en cuya virtud se le sujete a ley alguna, sea la que fuere, porque no hay más ley que su propia voluntad, que su querer individual inspirado en su conveniencia, su placer o su capricho; no hay más ley que el individualismo egoísta, desalmado e intransigente. Esta consecuencia no se presentó inmediatamente en forma tan brutal y repugnante, esto estaba reservado a nuestros tiempos en que ha venido los anarquistas a formularla con su radical y aterradora lógica. Pero, ya desde el principio se dedujo con bastante claridad, con la suficiente, para establecer como principios inconcusos e indiscutibles, la libertad de conciencia, la libertad del pensamiento, la libertad del error, y el mal y otro sinnúmero de libertades proclamadas por la filosofía racionalista y la política anticristiana y atea, como maravillosas conquistas del derecho moderno.

Respirando el hombre esa atmósfera de libertades malsanas, ¿cómo no ha de levantar la cabeza el egoísmo, y dominar despóticamente en nuestras sociedades? Verdad es que hoy se habla más que nunca de *humanidad*, de *altruismo* y *democracia*; pero el hecho es que los vínculos sociales están hoy más que nunca relajados; que el hombre no mira al hombre como su hermano, sino como a un competidor o enemigo, porque circunscritas todas sus aspiraciones a lo temporal y terreno, no sabe ver en el gran problema social, otra cosa que una simple cuestión de *lucha por la vida* cuyo desenlace es, siempre y por ley de naturaleza, el triunfo del más fuerte y poderoso.

Y, siendo así, ¿qué pueden esperar los débiles y desvalidos de ese individualismo cruel y egoísta? Y el individualismo, a su vez, ¿qué puede prometerse de las clases proletarias y explotadas sin piedad cual rebaño de infelices esclavos? ¡Y todavía se nos habla de humanidad, fraternidad y democracia! ¡Como si fuese posible la democracia donde la caridad cristiana no convence los entendimientos ni ablanda ni une los corazones! Con las ideas y los procedimientos del individualismo anticristiano no se va sino a la guerra de clases, a la revolución y a la ruina social.



Oigamos a León XIII describiendo de mano los tristísimos efectos producidos en la sociedad moderna por ese individualismo ateo y materialista. «Vemos claramente, dice, y en esto convienen todos, que es preciso dar pronto y oportuno auxilio a los hombres de la ínfima clase, puesto caso que, sin merecerlo, se hallan la mayor parte de ellos en una condición desgraciada y calamitosa. Pues destruidos en el pasado siglo los antiguos gremios de obreros, y no habiéndose dado en su lugar defensa alguna, por haberse apartado las instituciones y leyes públicas de la Religión de nuestros padres, poco a poco ha sucedido hallarse los obreros entregados; solos e indefensos, por la condición de los tiempos, a la inhumanidad de sus amos y al desenfrenada codicia de sus competidores. A aumentar el mal vino la voraz usura, la cual, aunque más de una vez condenada por la sentencia de la Iglesia, sigue siempre, bajo diversas formas, la misma en su ser, ejercitada por hombres avaros y codiciosos. Júntese a esto que los contratos de las obras y el comercio de todas las cosas está casi todo en manos de pocos, de tal suerte, que unos cuantos hombres opulentos y riquísimos han puesto sobre los hombres de la innumerable multitud de proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos.<sup>9</sup>

Ya lo veis, pues, A. H., el individualismo naturalista, a pesar de llevar escrito en su bandera revolucionaria el lema de libertad, igualdad y fraternidad es la antítesis y negación de toda democracia; pues ha abierto un abismo entre las clases superiores y las inferiores, ha creado intereses opuestos e incompatibles, ha desencadenado rencores y venganzas insaciables, y promovido una guerra sin cuartel en la que se lucha por el exterminio de uno de sus contendientes.

Pero ese individualismo ha hecho más todavía: con sus libertades exageradas, mentidas y odiosas, ha matado la raíz misma de la libertad individual, y, en consecuencia, destruido uno de los títulos más legítimos y gloriosos de la dignidad humana, y el fundamento en que estriba la verdadera democracia.

¡Ay, A. H! ¡Mentira parece que en estos tiempos en que la palabra *libertad* suena en todos los labios, y se escribe en todas las leyes como símbolo y emblema de todo progreso, y cifra y compendio y quintaesencia de toda civilización y toda cultura, sea, no obstante, negado rotundamente el libre albedrío individual! Y, sin embargo, así ocurre. Las filosofías que hoy corren triunfantes en todas las naciones tenidas por cultas,

---

<sup>9</sup> De Condit. Opif.



nos exigen, en nombre de la ciencia, que dejemos de considerarnos como seres dotados de libre albedrío; que renunciemos a la anticuada y pueril ilusión de figurarnos que nuestra voluntad es independiente y dueña y responsable de sus actos: no somos sino unos autómatas, más o menos conscientes, fatalmente movidos por fuerzas ocultas y misteriosos y desconocidos resortes.

Y si esto es así, A. H.; si no hay libertad ni responsabilidad ni orden moral, como la ciencia asegura; si un simple mecanismo material teje ocultamente la complicada trama de nuestra vida; claro está que no hay sino dejar que la Naturaleza funcione con arreglo a sus leyes necesarias e ineludibles, pues sería vano empeño el de contrariarlas o reformarlas, porque, de todos modos, ella seguiría su invariable curso, desarrollando los invisibles gérmenes que lleva en su seno; y el hombre será, no lo que él quiera ser, sino lo que la Naturaleza le haga; y en su corazón fructificarán virtudes o vicios, sentimientos nobles o pasiones ruines, egoísmo o altruismo, según que la Naturaleza deposite en él las semillas del bien o del mal, del vicio o la virtud, si es que estas palabras pueden tener algún sentido.<sup>10</sup>

Así se comprende que el individualismo anticristiano haya venido a erigir en dogma *la lucha por la vida*; y que esta lucha sea uno de los datos principales y de los principales factores con que cuenta la sociología materialista para resolver el problema social. Pero ¿quién no ve, A. H., que con semejante lucha es imposible que los contendientes lleguen jamás a deponer sus diferencias y ajustar las paces? Si es condición natural y necesaria de nuestra vida la lucha por la existencia, es decir, por la existencia material y terrena, jamás se verificará que *el que más puede más debe ni que el que menos puede, más recibe*, sino todo lo contrario, a saber, que *el que más pueda* será el amo y vencedor, y el que menos pueda, el vencido y esclavo.

---

<sup>10</sup> «La libertad de albedrío tan altamente proclamada por el Catolicismo, y tan vigorosamente por él sostenida, no sólo contra la antigua enseñanza pagana sino y muy particularmente contra los sectarios de todos los tiempos, y en especial contra los fundadores de la llamada Reforma, ha sido también un poderoso resorte que ha contribuido, más de lo que se cree, al desarrollo y perfección del individuo, y a realzar sus sentimientos de independencia, su nobleza y su dignidad. Cuando el hombre llega a considerarse arrastrado por la irresistible fuerza del destino, sujeto a una cadena de acontecimientos en cuyo curso él no puede influir; cuando llega a figurarse que las operaciones del alma, que parecen darle un vivo testimonio de su libertad, no son más que una vana ilusión, desde entonces el hombre se anonada, se siente asimilado a los brutos, no es ya el príncipe de los vivientes, el dominador de la tierra; es una rueda colocada en su lugar, y que, mal de su grado, ha de continuar ejerciendo las funciones en la gran máquina del universo. Entonces el orden moral no existe, el mérito y el demérito, la alabanza y el vituperio, el premio y la pena son palabras sin sentido; el hombre goza o sufre, sí, pero a la manera del arbusto, que ora es mecido por el blando céfiro, ora azotado por el furioso aquilón.» BALMES, *ibid.*



En resolución, A. H. nuestros, el individualismo anticristiano es la antítesis perfecta de la democracia, por más que siempre tenga esta palabra en los labios, y la repita en todos los tonos, y la escriba en las constituciones y las leyes. La democracia será, no ya una utopía, sino una palabra vacía de sentido, mientras no sea un sentimiento arraigado en los corazones y encarnado en las costumbres; lo cual no se verificará jamás sin el influjo y la constante acción de la caridad cristiana, de la que ha dicho León XIII a este mismo propósito: «La salud que se desea, principalmente se ha de esperar de una gran efusión de caridad; es decir, de caridad cristiana en la que se compendia toda la ley del Evangelio, y que, dispuesta siempre a sacrificarse a sí propia en bien de los demás, es para el hombre, contra la arrogancia del siglo y el desmedido amor de sí, antídoto infalible.»<sup>11</sup>

Otro día, A. H., os probaremos, Dios mediante, que la verdadera democracia tampoco ha de buscarse en las teorías socialistas o colectivistas, por más que sean éstas efecto natural y lógico de la reacción iniciada en los últimos tiempos contra el individualismo revolucionario, ateo y materialista.

Ahora recibid, nuestra pastoral bendición, en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de Orihuela en 6 de Diciembre  
(2º Dominica de Adviento) de 1903

*Juan, Obispo de Orihuela.*

Por mandato de S.S. I y Rvma. el Obispo mi Señor  
DR. MANUEL BAÑÓN  
Canónigo, Secretario

---

<sup>11</sup> Loc. Cit.